

al partido de la Corte, prestándole muchos y buenos servicios, y Dryden más que otros, pues como su *Absalón y Architafel*, la sátira modelo de los tiempos modernos, después de haber sido admiración de la capital, se hizo popular con extraordinaria rapidez hasta en los distritos rurales situados á mayor distancia de Londres, con ella causó estrago terrible á los exclusionistas y reanimó el espíritu de los *tories*. Pero no porque sea imposible sustraernos á la natural admiración que causan en el ánimo la belleza de la frase y del metro, hemos de prescindir ó de olvidar la gran distancia que separa el bien del mal, y teniendo esto en cuenta débese de llamar diabólico al espíritu que animaba entonces á Dryden y á otros varios de sus colegas contra los *whigs*, en razón á que los jueces y *sherifs* de días tan aciagos, á pesar de su ciego y vergonzoso servilismo, eran impotentes á producir el mal con tanta prontitud como pedían los poetas, que no cesaban de clamar uno y otro día por nuevas víctimas, haciendo burlas sangrientas y repugnantes con la horca, profiriendo acerbas amenazas contra cuantos, después de haber apoyado al Rey en la hora del peligro, le suplicaban que fuera clemente y misericordioso con los enemigos vencidos en la hora del triunfo, y todo esto públicamente, desde las tablas del teatro, y para que no faltase nada á tanta infamia, recitado por mujeres que, después de haber aprendido á deponer el pudor, enseñaban á deponer la compasión (1).

(1) Si alguno de mis lectores halla sobrado duras estas palabras; lea el *Epitogo del Duque de Guisa*, de Dryden, y advierta que lo recitaba una mujer.

XLIX.

ESTADO DE LA CIENCIA EN INGLATERRA.

Parece singular que, mientras la literatura ligera de Inglaterra se convertía en peste y vergüenza nacionales, realizaba el ingenio británico, en el terreno de la ciencia, una revolución que, hasta el fin de los tiempos, habrá de clasificarse, sin duda, entre las más grandes victorias del humano espíritu. Porque si Bacon había esparcido buena semilla en tierra perezosa y fuera de sazón, y no abrigó la esperanza de llenar las trojes con su cosecha, puesto que legó solemnemente su fama al siglo venidero en su postrera voluntad, en el trascurso de una generación echó raíces su filosofía y maduró de una manera lenta en algunas claras inteligencias, á pesar de los tumultos, de las guerras y de las proscripciones, aconteciendo que mientras luchaban unos contra otros los bandos políticos al fin de arrebatarse las riendas del poder, un pequeño grupo de sabios, que permaneció indiferente y apartado de la lucha, se consagró á la más noble tarea de abrir nuevos horizontes al poder del hombre sobre la materia, siendo el resultado de su obra que, cuando se restableció la tranquilidad, luego al punto tuvieron estos educadores del humano ingenio asiduo y estudioso auditorio; que la disciplina por la cual había pasado la nación dispuso y preparó el espíritu público á recibir la doctrina baconiana, estimulando las turbulencias civiles las facultades de las clases letradas, é imprimiéndoles actividad afa-

nosa y curiosidad insaciable y sin precedentes en la historia de Inglaterra. Bien es cierto asimismo que las turbulencias pasadas dieron por resultado hacer considerar generalmente con recelo y desprecio todos los proyectos de reforma religiosa ó política. Durante veinte años la principal ocupación de hombres ingeniosos y activos fué redactar Constituciones, con ó sin primeros magistrados, con Cámaras hereditarias ó electivas, perpetuas ó anuales, sin olvidar la menor cosa, ni el detalle más insignificante, ni la denominación más trivial, ni la ceremonia más baladí; que todo se apuntó y consignó á la menuda en ellas: Polemarcas y Filarcas, Tribus y Galaxias, lord Archon y lord Stratege; cuyas debían ser las urnas verdes y cuyas las rojas, qué bolas debían ser de oro y qué bolas debían ser de plata; qué magistrados debían traer sombrero y qué magistrados birrete alto y puntiagudo; cómo debería llevarse la maza y en qué ocasión habían de quitarse la gorra los heraldos: puerilidades que, juntamente con otras naderías, se discutieron y combinaron con mucha formalidad por personas dotadas de ciencia y conocimientos no nada comunes (1). Empero los tiempos de estas imaginaciones habían pasado, y si algún republicano inquebrantable distraía sus ocios merced á ellas, el miedo de caer en ridículo y hasta de verse perseguido de la justicia le hacía cauto y reservado.

Mas, aun cuando á la sazón era impopular y peligroso el decir palabra contra las leyes fundamentales de la monarquía, los hombres dotados de ingenio y de audacia se desquitaban considerando desdeñosamente cuanto hasta entonces se tuvo por leyes fundamentales de la naturaleza, y por tal modo el to-

(1) Véase particularmente la *Oceana* de Harrington.

rente que logró encauzarse de una parte, se precipitó de otra con violencia incontrastable, y al cesar de agitarse políticamente el espíritu revolucionario en Inglaterra, comenzó á revelarse y á desarrollar en todos los ramos de las ciencias físicas un vigor y atrevimiento desconocidos hasta entonces. De aquí que sea el año 1660, fecha de la restauración de la antigua ley fundamental inglesa, la del triunfo definitivo de la filosofía nueva, y la del establecimiento de la Sociedad Real, destinada á ser uno de los principales agentes de prolongada serie de saludables y gloriosas reformas (1). En pocos meses se tornaron de moda las ciencias experimentales; y la trasfusión de la sangre, la ponderación del aire y la del mercurio absorbieron tanto el espíritu público y lo preocuparon como antes las controversias del Tribunal de la Rota. Las imaginaciones y los ensueños de gobierno perfecto cedieron á otras, y no pocos idearon alas artificiales con cuyo auxilio pudieran volar los hombres, y barcos de doble quilla que no zozobrasen nunca, ni aun en medio de los temporales más terribles. Y como el movimiento fué general y alcanzó á todas las clases de la sociedad, caballeros y motilonos, partidarios de la Iglesia y puritanos se hallaron confundidos y aliados por primera vez, contribuyendo al triunfo de la filosofía baconiana teólogos y juriscultores, hombres de Estado, nobles y príncipes. ¡Qué más si hasta los poetas cantaron con emulación de fervor la edad de oro que se acercaba! Cowley, por ejemplo, en versos rebosando de pensamientos y resplandecientes de ingenio, excitaba á la raza predilecta á que tomase posesión de la tierra prometida donde corrían manantiales de leche y miel; de la tierra que

(1) Sprat, *Hist. de la Sociedad Real*.

descubrió su gran libertador y legislador de lo alto del monte Pisgah, pero en la que no le fué lícito penetrar (1). Dryden, con más celo que ciencia, unió su voz á las aclamaciones generales, y predijo cosas que ni él ni nadie acertaban á comprender; como que auguró, entre otras, que la Sociedad Real llevaría el género humano al extremo límite del mundo, facilitándonos por tal modo el medio de admirar la luna más de cerca (2). Dos prelados hábiles y ambiciosos, Ward, obispo de Salisbury, y Wilkins, obispo de Chester, se hicieron notables entre los jefes del movimiento, cuya historia escribió con elocuencia un eclesiástico más joven que los dos referidos, y á quien reservaba la fortuna principalísimo lugar en la jerarquía eclesiástica (3); Hale, lord Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y Guildford, lord Guardasellos, empleaban las horas que podían sustraerse á los negocios de su oficio en escribir de hidrostática, y bajo la dirección de este último se construyeron los primeros barómetros vendidos en Londres (4); Buckingham, el veleidoso demagogo é intrigante cortesano, consagraba el tiempo que le dejaban libre los vicios, á la química; Rupert tuvo la honra de inventar el grabado á la *mezzo tinto*, y asoció su nombre á esas bolas de cristal que hicieron las delicias de los niños y el tormento de los filósofos; Carlos mismo tenía laboratorio en Whitehall, y se mostraba más asiduo en él que no

(1) Cowley. *Ode to the Royal Society*.

(2) «Y entonces iremos hasta los límites del mundo; y veremos el Océano confundirse con los cielos; y de allí trataremos conocimiento con nuestros vecinos errantes en el espacio, y observaremos con calma y sin riesgo el mundo lunar.»—*Annus Mirabilis*, 164.

(3) Tomás Sprat, que fué obispo de Rochester.

(4) North. *Vida de Guildford*.

en la Sala del Consejo; como que una de las perfecciones del hombre á la moda, en la época de que se trata, consistía en poder decir algo respecto de máquinas pneumáticas y de telescopios, y que hasta las damas hallaban de buen tono aparentar afición á las ciencias é iban en sus carrozas tiradas de seis caballos á visitar las curiosidades de Gresham, prorrumpiendo en exclamaciones de sorpresa cuando veían atraer una aguja con piedra imán, ó aumentada una mosca, merced al microscopio, hasta el tamaño de un gorrión (1).

Cierto es que ocurrieron entonces, en medio de tan singular movimiento, cual acontece siempre en todas las grandes agitaciones del humano espíritu, muchas cosas ocasionadas á mover á risa, por ser ley universal que así las empresas como las doctrinas pierdan, tornándose de moda, parte de aquella majestad y grandeza que tenían cuando recibían el culto que inspiraban por sí mismas á pocos, pero discretos adeptos; y que las locuras de algunas personas que, sin aptitud verdadera para las ciencias, gustaban de ellas con verdadera pasión, dieron pie á las burlas y sarcasmos de algunos satíricos maliciosos que por su edad pertenecían á la generación precedente, y no estaban dispuestos á olvidar las lecciones de su juventud (2). No es menos cierto, empero, que la grande obra de interpretar la naturaleza recibió mayor impulso de los Ingleses de aquel tiempo que de ningún otro pueblo en ninguna otra época de la historia. Y como el espíritu de Francisco Bacon, admi-

(1) *Diario de Pepys*, 30 de mayo de 1667.

(2) Butler fué, á mi parecer, el único hombre de verdadero ingenio que entre la revolución y la restauración dió muestra de mala voluntad á la nueva filosofía, como se la llamaba entonces. Véanse la *Sátira sobre la Sociedad Real* y el *Elefante en la Luna*.

rable conjunto de audacia y de prudencia, parecía estar en el aire que se respiraba; y todos firmemente persuadidos de que rebosaba el universo de secretos de la más grande importancia para la felicidad del hombre, y que había éste recibido del Creador el medio de conocerlos si lo empleaba bien; y se hallaban convencidos de que no era posible llegar al conocimiento de las leyes físicas generales de otro modo que merced á la observación minuciosa de los hechos particulares, profundamente penetrados de tan grandes verdades, pusieron manos á la obra los profesores de la nueva filosofía con tanta decisión y tanto empeño, que dieron señaladas muestras en menos de un cuarto de siglo de los inmensos progresos que deberían realizar más tarde.

Habíase ya comenzado una reforma en la agricultura con la siembra de nuevas legumbres, el uso de nuevos útiles y el empleo de buenos abonos (1). Evelyn, con beneplácito y autorización de la Sociedad Real, daba instrucciones á sus compatriotas en orden al arte de plantar; y Temple, cuando lo consentían sus deberes, se ocupaba en hacer ensayos de horticultura y en demostrar con hechos que muchos árboles frutales, originarios de climas mejores, podrían, merced al auxilio de la industria humana, crecer y prosperar en tierra inglesa.

La medicina, cuyo estado decadente y abyecto en Francia suministraba en toda ocasión á Moliere tema inagotable de burlas merecidas, había logrado llegar en Inglaterra por entonces á grande altura y á ser una ciencia experimental y progresiva, que avanzaba

(1) El entusiasmo con que los agricultores ingleses hacían ensayos y adoptaban novedades y mejoras, está perfectamente descrito por Aubrey, en su *Historia Natural del Wiltshire*, 1685.

cada día un paso más, á despecho de Hipócrates y de Galeno. Y como en aquel tiempo, y por la primera vez, pusieran los ojos los espíritus especulativos en el asunto tan importante de la policía sanitaria por efecto de la gran peste de 1665, que les hizo fijarse y examinar cuidadosamente los defectos de construcción de las casas, el mal sistema de las cloacas y los peligros de la falta de aire, cosas todas que les proporcionó la ocasión de mejorar el formidable incendio de 1666, estudiaron el asunto cuidadosamente en la Sociedad Real, y, merced á sus instancias y gestiones, se introdujeron en parte las reformas que, aun cuando muy distantes todavía de las que reclamaba la salud pública, establecieron inmensa diferencia entre el Londres antiguo y el nuevo, y que fueron tan eficaces á remediar los estragos de la peste en Inglaterra (1).

Por aquel tiempo también, uno de los fundadores de la Sociedad Real, llamado sir William Pelty, creó la ciencia de la estadística, humilde, pero necesaria servidora de la filosofía política, y merced á la cual se acometió la empresa de investigar y explorar todos los reinos de la naturaleza. A esa época pertenecen los descubrimientos químicos de Boyle, y las primeras investigaciones botánicas de Sloane, y la clasificación hecha por Ray de las aves y los peces, y entonces también atrajeron los crustáceos y los fósiles la atención de Woodward. Por tal modo comenzaron á desaparecer, unos en pos de otros, los fantasmas que tenían su asiento en el mundo desde los tiempos del oscurantismo, como se disipan las sombras de la noche al despuntar del alba; y la astrología y la alquimia se tornaron en asunto de burlas, y no quedó con-

(1) Sprat. *Historia de la Sociedad Real*.

dadó alguno en Inglaterra en el cual no sonriera desdenosamente el juez de paz cuando llevaban ante su autoridad embaucadoras acusadas de volar á caballo en mangos de escoba, ó de hacer mal de ojo.

Pero donde alcanzó el ingenio británico triunfos memorables y dignos de loa fué, sin duda, en los ramos más arduos y nobles de la ciencia, en los cuales la inducción hubo de asociarse á la demostración matemática para contribuir al descubrimiento de la verdad. John Wallis asentó sobre nuevas bases todo el sistema de la estática, y Edmundo Halley hizo investigaciones acerca de las propiedades de la atmósfera, de las causas del flujo y reflujo del mar, de las leyes del magnetismo, y de la marcha de los planetas; y ni las fatigas, ni los peligros, ni el destierro, fueron parte á distraerlo de sus estudios científicos. Y en tanto que trazaba en la isla de Santa Elena la carta de las constelaciones del emisferio meridional, se construía el observatorio de Greenwich, y el primer astrónomo de S. M., John Flamsteed, comenzaba esa prolongada serie de observaciones que no se mencionan nunca en ningún punto del globo sin gratitud y respeto juntamente. Empero la gloria de tan claros varones queda eclipsada con el brillo incomparable del inmortal Newton, en cuyo espíritu se asociaban, cual nunca estuvieron antes ni han estado después, dos maneras de facultades intelectuales que rara vez se hallan reunidas en alto grado y que son ambas, sin embargo, necesarias de igual modo al estudio de las ciencias físicas en su mayor grado. Por que si han podido existir inteligencias tan felizmente organizadas como la suya para las ciencias matemáticas, é inteligencias tan felizmente organizadas para las ciencias experimentales, nunca coexistieron en ningún hombre con el poder de la demostración, el

de la inducción, en el grado de suprema excelencia y de armonía perfecta que se admira en Isaac Newton, merced á lo cual, si el espíritu del siglo en que vivió fué parte á dirigirlo por recto camino, él á su vez influyó en el espíritu de su siglo con fuerza décuple.

En 1685 ya era grande su fama, con hallarse al des-puntar; pero su ingenio había llegado al meridiano, y su obra inmensa, la obra que realizó una revolución en los más importantes ramos de la filosofía natural, estaba ya concluída, si no publicada, y acababa precisamente en aquel punto de someterse á la Sociedad Real para su examen.

L.

ESTADO DE LAS BELLAS ARTES.

No es muy fácil explicar por qué la nación que tanto aventajaba á sus vecinos en las ciencias había quedado más atrasada que todos en las artes. Y sin embargo, así sucedía. Ciertamente que en la arquitectura, arte que casi es ciencia, y en que solo un geómetra puede sobresalir; donde la belleza está siempre subordinada directa ó indirectamente á la utilidad, y cuyas creaciones deben parte siquiera de su majestad á la grandeza y magnitud de la mole, nuestro país podía enorgullecerse con un verdadero genio en la persona de Cristóbal Wren. El incendio que redujo á Londres á un montón de ruinas, dióle ocasión, sin precedente en la moderna historia, de desplegar sus facultades. Como la mayor parte de sus contemporáneos, era incapaz no ya de emular, sino tal vez de compren-

der la austera belleza del pórtico de Atenas y la melancólica sublimidad de las góticas arcadas; pero ningún hombre nacido aquende los Alpes ha imitado con tanto éxito la regia magnificencia de las iglesias de Italia; ni aun el sôberbio Luis XIV ha dejado á la posteridad nada que pueda compararse con San Pablo de Londres. Por otra parte, á fines del reinado de Carlos II no existía un solo pintor ó escultor cuyo nombre se recuerde hoy. Esta esterilidad es en parte misteriosa, porque ni los pintores ni los escultores eran entonces mirados con desprecio, y menos aún mal retribuidos. Su posición social era, por lo menos, tan elevada como al presente, y en cuanto á lo que ganaban, teniendo en cuenta la riqueza de la nación y la remuneración que obtenían otras clases de trabajo intelectual, se hallaban mucho mejor que en la actualidad. Y no á otra cosa que al magnífico patronazgo que obtenían los artistas se debía el que acudiesen en multitud á nuestra patria. Lely, á quien debemos el conocer las frágiles bellezas celebradas por Hamilton, con sus voluptuosos rizos, sus labios sonrosados, y sus lánguido ojos, era natural de Westphalia. Murió en 1680, después de una larga vida pasada en la opulencia, de haber recibido el honor de la caballería y de haber reunido una buena fortuna debida sólo á su trabajo. Su hermosa colección de dibujos y cuadros fué exhibida, con real permiso, en el salón de banquetes de Whitehall, después de su muerte, y vendida en remate por la casi increíble suma de veintiseis mil libras esterlinas, cantidad que, proporcionalmente á la fortuna de los ricos de la época, pasa de cien mil libras en nuestro tiempo (1). A

(1) Walpole's: *Anecdotes of Painting*. *London Gazette* de 31 de mayo de 1688. North's: *Life of Guildford*.

Lely sucedió su paisano Godfrey Kneller, quien primero fué hecho caballero y después barón, y que después de vivir suntuosamente á pesar de haber perdido mucho dinero en especulaciones desgraciadas, aun pudo al morir dejar una gran fortuna á su familia. Los dos Vandevelles, naturales de Holanda, invitados por la liberalidad inglesa, vinieron á establecerse á nuestra patria, donde pintaron para el Rey y sus nobles algunas de las más bellas marinas que se conocen en el mundo. Otro holandés, Simón Varelst, pintaba bellos girasoles y tulipanes á precios hasta entonces desconocidos. Verrio, napolitano, pobló los techos y escaleras de Gorgonas y Musas, Ninfas y Sátiros, Vicios y Virtudes, Dioses bebiendo néctar y Príncipes laureados cabalgando en triunfo. La renta que llegó á disfrutar, debida tan sólo á sus trabajos, le permitió tener una de las más espléndidas mesas de Inglaterra. Por los trabajos que hizo para Windsor sólo, recibió siete mil libras, suma entonces bastante á asegurar una existencia cómoda á cualquier caballero de moderadas aspiraciones; suma mucho mayor que todo lo que recibió Dryden de los libreros durante una vida literaria de cuarenta años (1). El principal ayudante y sucesor de Verrio, llamado Luis Laguerre, era francés. Los dos escultores más célebres de aquel tiempo eran también extranjeros: Cibber, cuyas bellísimas alegorías de la Furia y la Melancolía aun pueden verse en Bedlam, era danés; y Gibbons, á cuya graciosa fantasía y delicado cincel muchos de nuestros palacios, colegios é iglesias deben sus más bellos ornamentos, era holandés; y aun los dibujos para el cuño estaban á cargo de medallistas franceses. Hasta

(1) Háblase del exorbitante precio de las obras de Varelts y Verrio en las *Anecdotes of Painting* de Walpole.

el reinado de Jorge II, no hubo en nuestra patria un gran pintor, y ya ocupaba el trono Jorge III antes de que pudiera estar orgullosa de ninguno de sus escultores.

Tiempo es ya de que esta descripción de la Inglaterra que gobernó Carlos II toque á su fin. Sin embargo, aun queda un asunto importantísimo de que no hemos hablado. Nada se ha dicho aún de la gran masa del pueblo, de los que manejan el arado y uncen los bueyes, de los que trabajaban en los telares de Norwich y labraban la piedra de Portland para San Pablo. Y á la verdad muy poco puede decirse. La clase más numerosa es precisamente aquella de quien tenemos menos noticias. En aquellos tiempos aun no había filántropos que mirasen como un deber sagrado el hacer públicas las angustias del labrador, ni demagogos que hicieran de esto ocupación lucrativa. La historia tenía bastante que hacer en las cortes y en los campamentos para consagrar una sola línea á la choza del campesino ó á la buhardilla del obrero. Puede afirmarse que con gran frecuencia nuestra prensa en solo un día trata y discute más acerca de la condición del jornalero, que en todo lo publicado en los veintiocho años transcurridos entre la Restauración y la Revolución. Pero sería gran error deducir del aumento de las quejas que la miseria de la clase trabajadora es hoy mayor que en aquel tiempo.

LI.

LAS CLASES JORNALERAS.—LOS SALARIOS.

Lo que da más exacta idea de la situación de las clases humildes del pueblo es el precio de los salarios, y como en el siglo XVII las cuatro quintas partes de la clase trabajadora se dedicaban á la agricultura, tiene para nosotros especial importancia el fijar el precio del salario del cultivador del campo en aquella época. Acerca de este asunto disponemos por fortuna de los medios necesarios para llegar á conclusiones que bastan para nuestro propósito.

Sir Guillermo Petty, cuya aserción es de gran peso, nos informa de que el labrador, que por un día de trabajo recibía cuatro peniques, además de la comida, ó bien ocho peniques corriendo de su cuenta la manutención, no podía considerarse mal pagado. De modo que, según el cálculo de Petty, cuatro chelines á la semana era un buen salario en los trabajos del campo (1). Tenemos abundantes pruebas de que este cálculo no se apartaba de la verdad. A principios de 1685 los Magistrados de Warwickshire, en uso de las facultades que les confería una ley del tiempo de Isabel, fijaban en sus reuniones trimestrales una tarifa de salarios para el Condado, estableciendo, al mismo tiempo, que todo el que pagase más de la suma fijada, ó el jornalero que recibiese más de lo que establecía la tarifa, se harían igualmente acreedores á

(1) Petty's: *Political Arithmetic*.

castigo. En general, el salario del labrador, desde marzo á setiembre, se había fijado precisamente en la cantidad mencionada por Petty, esto es, cuatro chelines semanales sin la manutención. Desde setiembre hasta marzo no se pagaban más que tres chelines y seis peniques (1).

Pero en aquel tiempo, como actualmente, variaba mucho el precio de los jornales en las diferentes provincias del reino. En el Warwickshire, el salario llegaba próximamente á lo que marcaba la tarifa, y en algunos Condados inmediatos á la frontera de Escocia era tal vez menor aún; pero había distritos más favorecidos. En el mismo año 1685, un caballero del Devonshire llamado Ricardo Dunning, publicó un pequeño tratado en el que describía la condición de los pobres de aquella provincia. No puede dudarse de su profundo conocimiento del asunto, por cuanto algunos meses después se reimprimió la obra y fué muy recomendada por los Magistrados en la reunión trimestral de Exeter á las autoridades rurales. Según Dunning, el salario de un labrador del Condado de Devón ascendía próximamente á cinco chelines semanales sin la manutención (2).

Mejor era aun la situación del trabajador en la vecindad de Bury Saint Edmund. Los Magistrados de Suffolk se reunieron allí en la primavera de 1682 á establecer el precio del salario, y resolvieron que el labrador, cuando la manutención corriese de su cuenta, percibiese cinco chelines semanales en invierno, y seis en verano (3).

(1) Stat. 5.—Eliz. c. IV. *Archæologia*, tom. XL.

(2) *Plain and easy method, showing how the Office of Overseer of the Poor may be managed*, por Ricardo Dunning. La primera edición es de 1685, y la segunda de 1686.

(3) Bullum's: *History of Hawsted*.

En 1681 los Magistrados reunidos en Chelmsford habían establecido que el salario del labrador en el Condado de Essex fuese de seis chelines en invierno y siete en verano, sin la manutención. Este parece haber sido el precio más alto que alcanzó el salario del agricultor en nuestra patria en el tiempo transcurrido entre la Restauración y la Revolución; y debe observarse que en el año en que esto se establecía eran los artículos de primera necesidad más caros que nunca. El trigo se vendía á setenta chelines el cuartal de ocho fanegas, precio que aun en nuestros días acusaría un año de hambre (1). Estos hechos se hallan en perfecta concordancia con otro que merece particular mención. Es evidente que en un país donde el servicio militar no es obligatorio para nadie, no hay medio de cubrir las vacantes del ejército si el Gobierno ofrece una remuneración mucho menor que el jornal de un campesino. Actualmente el haber de un soldado raso en cualquier regimiento de línea asciende, contando también lo que se le designa para cerveza, á unos siete chelines y siete peniques á la semana. Este estipendio, aun con la esperanza de una pensión, no tiene muchos atractivos para la juventud inglesa, y es necesario suplir la falta de gente haciendo los alistamientos entre la población más pobre de Munster y Connaught. En 1685, el haber de un soldado de infantería no pasaba de cuatro chelines y ocho peniques semanales á pesar de lo cual no encontró en aquel año la menor dificultad el Gobierno para cubrir las filas del ejército con millares de reclutas ingleses que se presentaron apenas tuvieron noticia del llamamiento. En el ejército de la República, el soldado de infantería tenía siete chelines semanales, es decir,

(1) *Ruggles. On the Poor*

el sueldo de un cabo en tiempo de Carlos II (1); y este sueldo bastó á hacer que acudiese á las filas gente muy superior á la que generalmente solía alistarse en el ejército. En conjunto, por tanto, puede decirse que en el reinado de Carlos II, el salario que ordinariamente percibía el labrador no pasaba de cuatro chelines semanales, aunque había algunos sitios donde llegaba hasta cinco, seis, y aun siete durante los meses de verano. Actualmente se creería que el distrito donde sólo se pagase al jornalero siete chelines semanales se hallaba reducido á la más extrema miseria. El precio del jornal hoy es mucho más alto, y en los condados ricos lo que semanalmente se paga al trabajador llega á doce, catorce y hasta diez y seis chelines.

LII.

LA CLASE OBRERA.

El trabajo de las manufacturas ha tenido siempre más remuneración que el de los cultivadores del suelo. En 1680, un miembro de la Cámara de los Comunes hacía notar que el alto precio que alcanzaban en nuestro país los salarios hacía imposible la competencia de nuestros tejidos con los de la India. El obrero inglés decía, en vez de contentarse con una pieza de cobre por el trabajo de todo el día, como los naturales de Bengala, no se conforma con menos de un

(1) Véase en Thurloe's *State Papers*, el *Memorandum* de los diputados holandeses de agosto $\frac{2}{12}$, 1653.

chelin (1). Aun queda otra prueba de que el obrero inglés se juzgaba con derecho á exigir por su trabajo un chelin diario, aun cuando á veces la necesidad le obligase á trabajar por menos. Las clases humildes del pueblo, en aquella época, no tenían aún costumbre de reunirse para discutir públicamente, ni estaban en uso las arengas ni las peticiones al Parlamento. No había aún periódicos que defendiesen su causa. Su amor y su odio, sus alegrías y sus penas se manifestaban en rudos versos. En las baladas, pues, es donde ha de buscarse la historia del pueblo en aquella época. De estas composiciones populares, aun puede leerse en el *in-plano* original, una muy notable, que en tiempo de Carlos II se cantaba continuamente en las calles de Norwich y Leeds. Es el vehemente y doloroso grito que exhala el trabajo contra el capital. Describe el buen tiempo pasado en que el obrero que trabajaba en las manufacturas de lana vivía como un hacendado. Pero aquellos tiempos huyeron para no volver. Ahora seis peniques al día era lo más que podía ganarse en el duro trabajo del telar. Si los pobres se quejaban de que con tan escaso salario no podían vivir, se les contestaba que eran muy dueños de seguir ó dejarlo. Por tan miserable recompensa tenían que trabajar los que en realidad producían las riquezas, levantándose muy temprano y acostándose muy tarde, mientras el maestro tejedor, ocupado tan sólo en comer, dormir y holgar, se hacía rico á costa del pobre jornalero. Un chelin diario, declara el poeta, es lo que en justicia debía darse al tejedor (2). Puede,

(1) El orador era Mr. Juan Basset, diputado por Barnstaple. Véase Smith, *Memoirs of Wool*, c. LXVIII.

(2) Hállase esta balada en el Museo Británico, y aunque no puede precisarse de que año sea, el *Imprimatur* de Roger Les-trange basta á mi propósito para indicar la fecha á que pertenece.